

su esencia se vea seriamente menoscabada. Pero su carácter regional le imprime una coloratura menos difusa.

Lo regional es aquí una actitud que antepone la utilidad y la generosidad sobre cualquier otro considerando. Es una manera de conciliar y reunir -sin violencia- voces y ámbitos que son reflejo de una realidad cultural que en lo literario presenta fracturas, omisiones e incluso desolladuras, pero que nos explican y nos justifican.

Esta actitud no me ha llevado a caer sin embargo en la tentación de adjudicar a cada provincia el mismo número de autores, y sí contemplar las particularidades vitales en que han prosperado sus obras, a la vez que supeditar mis gustos personales al interés general. Para paliar esos efectos restrictivos, derivados también de mis carencias, y porque en justicia una antología de narrativa debería ser algo así como una colección de novelas y cuentos y no un muestrario de fragmentos literarios, arrancados directamente de esas mismas obras, he querido amplifi-

car mi trabajo incorporando un diccionario bibliográfico de autores contemporáneos, para que sea el lector quién tantea, cate y determine en última instancia su propia selección.

Como tantas otras cosas en esta región este libro es un punto de partida. En este sentido me gustaría recordar, las palabras del poeta José Ángel Valente, cuando en unas reflexiones sobre el *Quijote*, escribía que quizás había llegado la hora de ser menos patriota y más de nuestro lugar. Para mí, *lugar*, significa aquí un espacio más amplio que el de la ciudad o el pueblo donde hemos nacido, significa vivir en el presente y eso supone aceptar lo que somos en el presente. En el presente pertenecemos a un territorio denominado Castilla-La Mancha, de igual modo que en el pasado se llamó Castilla-La Nueva y antes Reino de Toledo. Esta es la intención que alienta en estas páginas: fortalecer esa sensación, fomentar una idea de cultura basada en el reconocimiento de lo propio como paso indispensable para el conocimiento de los demás. ■



INFORME: LITERATURA EN CLM, AYER Y HOY

## La tierra que nos parió

Pedro Antonio González Moreno

Es conveniente y oportuno, e incluso políticamente correcto en los globalizadores tiempos que corren reivindicar lo autóctono, volver a las raíces, mirar hacia los adentros de la propia región? ¿Reivindicar lo nuestro, dicho sea de paso, sin ningún tipo de beligerancia ni apasionamiento, sino con la frialdad racional del espectador que se siente, a su vez, formando parte de la trama? ¿Cómo no darnos cuenta, sin esbozar una mueca de sarcasmo, de que en estos tiempos de realidades virtuales, nuestra región, Castilla-La Mancha, es posiblemente la más virtual de todas las regiones españolas? ¿Dónde, salvo en los mapas, existe de verdad esta región policéfala que las necesidades político-administrativas han tenido a bien engendrar amparándose en no se sabe qué difusos criterios o intereses? ¿Somos, en efecto, algo más que un puro monstruo creado por la razón goyesca del estado, o acaso un

puzzle histórico-cultural y geográfico que no posee más que una mera entidad cartográfica?

Vienen estas reflexiones a propósito de las jornadas literarias que se celebraron hace unos meses en Toledo y en las que, junto con otros paisanos, intelectuales y poetas, se me invitó a participar. Las jornadas literarias, se celebren donde se celebren y participen quienes participen, son una especie de escaparates culturales, puntos de encuentro, zonas de intercambio y foros de opinión en los que, en el mejor de los casos, se debate, y en otras ocasiones simplemente se cacarea; pero más allá de tales consideraciones, la utilidad de estos encuentros viene a ser mas bien escasa, ya que en ellos no suelen sacarse conclusiones ni suelen tomarse decisiones serias que se orienten al enriquecimiento de nuestro acervo cultural.

### RESUMEN:

El autor es un conocido escritor y crítico literario y en tanto que poeta fue seleccionado en la Antología de Miguel Casado e invitado a unas Jornadas sobre Poesía en CLM, con motivo de la presentación de dicho libro. Al hilo de aquél encuentro nos ofrece unas reflexiones sinceras y descarnadas que no todos compartirán, sobre la difícil identidad de nuestra región: "cinco miradores con ventanales orientados hacia muy diferentes puntos cardinales".

El debate sobre “la poesía en Castilla-La Mancha”, al que asistí durante las citadas jornadas, vino a confirmarme lo que ya sospechaba: que las cinco provincias que configuran nuestra región están condenadas a no entenderse demasiado, y que padecemos, en tanto que región autonómica, un grave conflicto de identidad. Castilla-La Mancha es como un cuerpo con cinco extremidades que difícilmente consiguen sincronizar sus movimientos en una misma dirección; o bien, utilizando un símil menos anatómico y más turístico, podría decirse que se trata de cinco miradores que tienen sus ventanales orientados hacia muy diferentes puntos cardinales, porque mientras Toledo mira hacia Madrid y levita sobre el Tajo con el peso de sus piedras milenarias, Ciudad Real sufre el vértigo de un Despeñaperros demasiado cercano y se busca a sí misma en el espejo de sus dudas, indecisa entre sus sueños de moderno apeadero y el tirón agrario de sus norias muertas y sus aspas desvencijadas. Y mientras la lejana Cuenca, perdida entre los desmontes de sus serranías, se mira absorta en las verdes aguas del Júcar, Guadalajara va dejándose fagocitar por la gran urbe madrileña y a veces se diría que quiere huir, por entre sus enjambres y sus trochas alcarreñas, hacia no se sabe qué oscuros horizontes; por su parte, Albacete se vuelve llanura sin límites y se busca a sí misma en una Mancha demasiado difusa, como si pretendiera compensar la sed de sus lagunas y sus secarrales asomándose hacia unas brisas marineras que soplan desde el mar de Levante.

¿Dónde ese proyecto común o ese centro geográfico que aglutine murallas y molinos, hoces y llanuras, tomillares y cardos, ríos y lagunas, fachadas de cal y blasones solariegos, caminos polvorientos y flamantes autovías? ¿Dónde esa mirada integradora que proyecte hacia un mismo horizonte tan diferentes formas de ver y de mirar? ¿Dónde el motor neurálgico que coordine, en una misma dirección, órganos tan diversos? ¿O dónde ese foco cultural que aúne tan dispares voluntades e impulse tantas y tan diferenciadas tendencias creativas? Andan los pintores, instalados o no, de lienzo en lienzo, de galería en galería, de museo en museo, dispersos como gorriones que huyeron de sus nidos en medio de una tormenta de verano. Andan también nuestros poetas de tertulia en tertulia, de antología en antología, sin encontrar el acento que configure por fin esa lírica, esa elegía, o esa épica nuestra. Andan igualmente de aquí para allá nuestros escasos narradores, como si buscaran todavía el sencillo secreto de García Pavón, que volvió a dar a La Mancha una dimensión narrativa que se había perdido desde Cervantes. Y ¿dónde andan, por cierto, nuestros críticos?

¿Cuál es realmente el mal endémico de nuestra tierra? ¿La falta de conciencia histórica, la ausencia de unos modelos que actúen como nexos unificadores, la escasez de proyectos comunes, la carencia de una identidad en la que reconocernos, o simplemente la desidia? ¿Será tal vez que todos esos factores, y algunos más, coadyuvan y se confabulan al unísono para crear el estado de cosas en que nos vemos inmersos? Hay muy pocas Castillas pero muchas Manchas dentro de este invertido mapa que dio en denominarse, para la tranquilidad de las conciencias autonomistas, Castilla-La Mancha, y todos somos piezas de ese descosido y desmembrado organismo. Por eso bien haríamos todos en mirarnos al espejo de nuestro propio abandono, por si tal vez estuviese la respuesta a tantas y tan intranquilizadoras preguntas. Porque lo más preocupante es que, mientras otras regiones con más memoria histórica, mejor aglutinadas por la argamasa de una tradición o una cultura común (o quién sabe si sólo con mejor capacidad de *marketing*), se proyectan hacia el futuro sobre los cimientos de una identidad bien asumida, Castilla-La Mancha se devana entre

las nieblas de su diversidad y de su ser borroso, y anda buscando por los huecos del mapa los límites de sus verdaderas fronteras interiores.

Las fronteras políticas y administrativas están trazadas con pulso titubeante, pero las huellas de la identidad profunda de nuestra región, esas huellas que constituyen el andamiaje y las raíces de las que ha de nutrirse y sobre las que ha de sustentarse el edificio de una autonomía sólida, están más bien desdibujadas, por no decir que son casi inexistentes.

De ahí que la primera tarea que se nos antoja urgente es la búsqueda de esa identidad nuestra, únicos cimientos sobre los que habrán de forjarse nuestros impulsos de autoafirmación; pero todavía existen muchos intelectuales, de esos que se consideran a sí mismos universalistas, que piensan que todo lo que huele a la tierra y al aire de la región es una actitud aldeana y retrógada, o un signo de costumbrismo decimonónico. No quieren comprender que el mundo empieza siempre, se mide desde donde se mire, desde las piedras de los pueblos propios y desde las aguas de los propios ríos. Somos la región más brumosa de deletérea de la vieja piel de toro ibérico, una región cuyas costuras interprovinciales están respunteadas por un débil hilo de bramante. Y a nuestra fragilidad autonómica no podemos contribuir nosotros mirando acomplejadamente hacia otros horizontes que constituyen, también a su modo, una forma de aldeanismo, más o menos teñido de colores autóctonos. Tenemos un paisaje que es multiforme y proteico, una cultura rica y variada, a poco que nos detengamos a valorarla. Pero nos hace falta, en primer lugar, una identidad común en la que reconocernos, y, en segundo término, un proyecto unificador en el que todos, de una u otra manera, nos sintamos embarcados. Un proyecto al que deben contribuir no sólo las instituciones y toda la gente de la calle, sino también, y por encima de todo, los creadores, los artistas, los intelectuales, los poetas. Y no sólo los que residen dentro de los límites geográficos de la región, sino también los transterrados, aquellos que por unas u otras circunstancias hubieron de marcharse y que, desde otras tierras, siguen mirando a la suya con nostalgia y continúan umbilicalmente unidos a ella a través de los lazos poderosos de la amistad, de la familia, del arte, de la literatura o del paisaje.

Es, pues, responsabilidad de todos ahondar en las borrosas señas de identidad de un pueblo que se adormece bajo el inmenso resol de las siestas de la llanura. Lejos de los viejos clichés literarios cervantinos o noventayochescos, Castilla-La Mancha necesita un lavado de imagen, un paso por la centrifugadora de nuestra conciencia crítica. De lo contrario, nuestra tierra seguirá siendo un lugar de paso hacia ninguna parte, un cruce de caminos, una sucesión de paisajes con vocación de páramo donde han sido sustituidas por lujosos paradores aquellas destartaladas y sórdidas ventas, posadas o fondas que Azorín describía en su “Castilla”. Y ese proyecto unificador no puede construirse sobre el vacío de una quimera quijotesca, sino sobre los sólidos cimientos de una identidad en la que seamos capaces de reconocernos todos. La búsqueda de tal identidad no puede ser concebida como un signo de recaltrante aldeanismo sino como un signo de lealtad y de amor por la tierra. Ahí, en esa tierra que un día nos parió, están nuestras raíces y sin ellas andaremos siempre por el mundo un poco mutilados. Y si somos hijos, más o menos espúreos o más o menos pródigos, de esta buena tierra, nunca deberíamos renegar de ella amparándonos en prejuicios antiterruñeros o globalizadores.

Eso, si no queremos que Castilla-La Mancha continúe existiendo solamente en los mapas. ■